

DON JUAN DE FERRERAS.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en la Bañeza en 1652. Sacerdote ejemplar, sabio autor de la estimada obra *Sinópsis histórica de España*, y el segundo de los fundadores de la Academia Española. Amigo del célebre Marqués de Mondéjar. Fué en Madrid cura de San Pedro y de San Andrés. Bibliotecario mayor del Rey. Murió el día 8 de Junio de 1735. Fué varón de grande autoridad, como puede inferirse del respeto con que hablan de él (áun despues de su fallecimiento) los dos sabios redactores del *Diario de los literatos de España*, don Juan Martínez Salafranca y don Leopoldo Jerónimo Puig (Prólogo del tomo VII.—1738).

Don Blas Antonio Nasarre, que escribió y publicó el *Elogio histórico* de su amigo FERRERAS (1736), habla de su aptitud poética y aplaude especialmente sus octavas al Príncipe de Asturias, que entonces fueron admiradas, y la posteridad ha olvidado:

Dejó un tomo de *Poesías varias*.

Ademas de las citadas octavas, sus obras poéticas más conocidas son las siguientes, impresas en Madrid:

La Paz de Augusto; auto del nacimiento del hijo de Dios. En verso.

Divertimiento de Pascua de Navidad; obra en prosa y verso.

Escribió en latin varias obras.

POESÍAS.

El Príncipe nuestro señor da vida y libertad á una paloma,
que volando cayó á los piés de la Reina nuestra señora (1).

Del gran Filipo la primer centella,
Que rayo aprende á ser en su ardimiento,
Las duras plantas con su blanda huella
Heladas pisa, dándolas aliento;
Cualquiera que su hermosa planta sella,
Vuelve á vivir con nuevo movimiento,
Pues al verse animar de su contacto,
Hace la escarcha con las flores pacto.

Los mirtos, las estatuas y las fuentes
Le juzgan por la edad dulce Cupido,
Miranle ya con muestras diferentes
Y le extrañan del traje desmentido;
De su rostro las señas florecientes
Le hacen equivocado y conocido,
Cuando el denuedo, el movimiento, el arte
Dicen que es duro Amor y tierno Marte.

Lustro y medio contaba de su vida,
Previendo mil siglos á su fama,
Cuando de los jardines divertida,
El ocio apaga la nativa llama;
La misma ociosidad que le convida
A la gloria inmortal tambien le llama,
Porque nunca se olvida su memoria
Que la vida de un rey sólo es su gloria.
El arte de reinar dificultoso

(1) Esta composición conceptuosa fué leída en la Academia Española el año de 1715.—La publicamos únicamente como muestra del estilo poético del diligente y sabio historiador. (Nota del Colector.)

Estudio debe ser el más temprano,
Que los fáciles años presuroso
Ocupe lentamente al soberano;
Del incierto futuro cuidadoso
Enseñe providencias á su mano;
Que al giro de la humana contingencia
Prudencia puede haber, aunque no ciencia.

Saber le importa distinguir el vicio,
Las artes de la paz y de la guerra,
Lo que de sus vasallos es perjuicio,
Cuanto bien suyo en el comun se encierra;
Y como en tiernos años tanto juicio
Se admiró en pocos, el dictámen yerra
Del que no juzga que ha de ser preludio
Aun la misma niñez de tal estudio.

Pasaba con sosiego aquella estancia,
Y la estatua tal vez le detenía;
Preguntaba, del tiempo en la distancia,
En aquel jaspe helado quién vivía;
Del autor observaba la arrogancia,
Y del muerto la viva simetría,
Y lógico el discurso heróico infiere
Que quien vive en imágen nunca muere.

Aspero el cierzo á soplos fatigaba,
Destemplando la estancia su ardor frio,
Y en los desnudos troncos que azotaba
Creó asombrar su generoso brío;
En sus vanos esfuerzos despreciaba
El bello Luis su loco desvarío,
Y cuanto el viento enfurecido crece
Su constancia los miembros endurece.
Desairado, corrido, dejó al viento,

Del impetu burlando con que inspira,
Y dando á conocer cuál es su aliento,
Para nuevo ejercicio se retira;
De un elemento pasa á otro elemento,
Porque aire y fuego su vigor admira,
Y á impulso de su diestra hacer mayores
Solicita sus regios esplendores.

Ya pide el arcabuz, que mano diestra
Con repetido afán en yunque duro
Fabricó, porque en bélica palestra
Muertes escupa el fuego en humo oscuro;
En los rayos de plomo nos demuestra
Que el ceño de las Parcas mal seguro
Este mal añadió, que burle fiero
Los furros templados del acero.

Con cautela registra cuidadosa
Cuanto el cóncavo hierro en sí contiene,
Con la vara examina la engañosa
Nube oprimida, que en su centro tiene;
Atiende al pedernal y á la ominosa
Chispa el menudo pábulo previene,
Porque injurie tardanzas del oído,
Visto el estrago y no escuchado el ruido.

Contra la compasión, siendo más fuerte
El vínculo tenaz de la obediencia,
Tenía destinada ya á la muerte
De las aves de Pafos la inocencia;
No sabe distinguir la amarga suerte
El cuerpo de la culpa ó la apariencia,
Porque suele tal vez al apetito
Servir la sencillez, y no el delito.

Iuminaba la Farnesia aurora
Aquella estancia con su luz flamante,
Aclamándola todos vencedora
De la luz halagüeña del diamante;
Y como de Filipo el sol adora,
Gustosa fija la atención constante,
Embelesada de tan diestro ensayo,
En el ardor de tan hermoso rayo.

Salió á ser blanco á la mayor destreza,
Émula una paloma de la nieve,
Y como la luz real al sol ateza,
La dió en su ceguera vuelo no leve;
Con el susto que ató su ligereza

Besó los piés á quien la vida debe,
Porque ruínas entre sombras reales,
En vez de ser infaustas, son vitales.

El Príncipe, que observa el tardo vuelo,
Obsequios respirando y atenciones,
El ardor de su impulso trueca en hielo
Con pereza que ilustra sus blasones;
Si indulto debe al venerado cielo
A que el ave fió sus aficciones,
El respeto que heróico la perdona
De su culto se labra su corona.

Desde el asilo real mano grosera
De su fortuna intenta con desaire
Salga á la libertad, que lisonjera
La previene con bárbaro donaire;
El yerro enmienda el Príncipe, y ligera
Deja que goce en la región del aire
La vida el ave, que concede atento
A tanta inmundidad su rendimiento.

Otra al punto soltaron, que violenta
Rompiendo el viento con inquieto giro,
La innata libertad librar ostenta
De la quieta opresión de su retiro;
Cuando aplicando con destreza atenta
Lince la vista al índice del tiro,
Porque á sus piés despojo sirva luego,
Soltó la blanca mano todo el fuego.

Apénas se eximió la aurora pura
Del pasmo á los precisos embarazos
Que la urbanidad y la hermosura
Causa el primor en sucesivos lazos,
Cuando amante el cariño se apresura
A coronar sus hombros con sus brazos,
Porque si sus acciones son asombros,
Sean premio y corona de sus hombros.

«Vive inmortal, le dice con el labio
Que sella junto su jazmin y rosa,
Alcídes niño, para desagravio
De tu nación amante, fiel y honrosa;
Y pues tu ardor atento, siempre sabio,
Pudo hacer una acción tan gloriosa,
Prevéngate la fama mil blasones
A lo inmortal de las demas acciones.»

FRAY JUAN INTERIAN DE AYALA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Definidor de la orden de la Merced. Doctor en teología y filosofía, y catedrático de idioma griego y sagradas letras en la universidad de Salamanca. Fué insigne orador sagrado, y uno de los fundadores de la Academia Española. Compuso un libro célebre, *Pictor Christianus*. Falleció el 20 de Octubre de 1750.

Encontramos las siguientes composiciones, inspiradas por la lectura de los poetas latinos Marcial, Ausonio y Juvenal, en un libro, hoy raro, que con el título *Opuscula poetica que quondam lusit aut panxit R. A. P. M. Fr. Ioannes Interian de Ayala*, dió á luz en Madrid, en la imprenta del convento de la Merced, el año de 1729, fray Francisco de Ribera. Casi todas las poesías son latinas, y en verdad muy notables.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

¿Piensas tú que á las iras celestiales
Han escapado, Licio, esos dichosos,

Que entre el aplauso y la fortuna ociosos,
Nunca vieron el rostro de los males?
Pues pasa un poco desde los umbrales
Al seno de sus ánimos viciosos;
Verás cómo en los pechos ambiciosos
Se atropellan las penas infernales.
Su noticia castiga su violencia,

Su delito en horrible parasismo
Anticipa el rigor de la sentencia.
Mira, pues, si hay tormento en el abismo,
Mayor que el de tener en la conciencia
Actor, juez y testigo de sí mismo.

II.

La enmienda, Aurelio, en quien incauto fia
Para entregarse al vicio tu cuidado,
¿No ves que es dulce error, que ha fabricado
Ociosa y pertinaz la fantasía?

¿Del deseo la indómita porfia
Pretendes refrenar, cuando, engañado
Del aparente cebo del pecado,
Ciego se arroja, y loco desvaria?

Si el respeto perdistes al juicio,
El deslíz sólo á la caída sobra,
Siguiendo á la caída el precipicio,
Una pasión temeridades obra;
Y la vergüenza en séquito del vicio,
El que una vez la pierde, no la cobra.

III.

Fabio, si acaso á los humanos bienes
Llegar pretendes por razón alguna,
O hallar piensas propicia á la fortuna
Con virtudes y méritos que tienes;

Te engañas, no advirtiéndote que previenes
Al sublime lugar senda importuna,
Por más que ilustres prendas, una á una,
De inútil esplendor ciñan tus sienes.

Trata, pues, de emprender delitos tales
Que merezcan castigos y venganzas;
Y ellos te elevarán á tus iguales.

Esto has de hacer; supuesto que no alcanzas
Que á la virtud entre pobreza y males
Sólo se ofrecen frias alabanzas.

IV.

Si la paz, la virtud, la fe se adoran
En templos sacros, en angustas aras;
Si votos pios, víctimas no raras
Su altar oprimen y sus techos doran,
¿Por qué el dinero y la riqueza ignoran
Cultos y templos? Fabio, ¿no reparas
Cuán ingratas se muestran, cuán avaras,
Aun con su Dios, las manos que atesoran?

Mas á este de su fe númen tirano
Divinidad le rinden nuestros vicios,
Y dan adoración nuestros ejemplos;
Y no es mucho su imperio soberano
Desprecie materiales sacrificios,
Si acá en los corazones tiene templos.

V.

Oh riqueza infernal, oh idolatrada
Ruina de los mortales corazones,
Cebo vil de apetitos y pasiones,
Enemiga del nombre declarada.

Tú la austera virtud, tú la reglada
Modestia santa de ínclitos varones
Desterrastes á bárbaras regiones,
Por quedar en la nuestra entronizada.

Por tí los vicios reinan, las costumbres,
Manchadas de impresiones peregrinas,
El lustre pierden del candor primero;
Y, á la pérfida luz de tus vislumbres,
El poseer las prendas más divinas
Importa ménos que el tener dinero.

VI.

Idos, Mnsas, os digo, enhorabuena;
Dejaos de armonías y concertos,

Pues á oídos y estómagos hambrientos
Ni el arpa gusta, ni la lira suena.
¿Qué aprovecha la armónica faena
Al que escaso de gustos y contentos,
Cerrado en dos estrechos aposentos,
Si el puchero llegó, faltó la cena?
¿Qué pretendéis, decid, con inspirarme
Renombre, eternidad, aplauso, fama,
Y de esta vanidad alimentarme,
Si al cerrar ingenioso el epigrama
Me molesta el cuidado de faltarme
Un pobre cobertor para mi cama?

EPIGRAMAS.

I.

Confiéscote, Calistrato, soy pobre;
Confieso que lo soy y lo fui siempre;
Si tal se llama quien honesto vive,
Y no desea aquello que no tiene.
Pero soy caballero y erudito,
Tanto, que lo que á pocos en la muerte
Les concede la fama á su memoria,
A mí, viviendo aún, me lo concede.

Tú eres rico, tu casa cien columnas
Con ostentosa máquina sostienen,
Y en el precioso fondo de tus cofres
Vertió fortuna pródiga sus bienes.
Tus trojes llena del fecundo Nilo
Dorada copia de cosecha fértil,
Y de francesa lana los vellones
Todo el esfuerzo del guarismo vencen.
Esto somos los dos. Pero repara
Que lo que soy, tú serlo nunca puedes;
Y lo que tú eres, cuando más presumas,
Lo puede ser cualquiera de la plebe.

II.

Porque, con riquezas tales,
En triste necesidad,
Me prestas la cantidad
De ciento y cincuenta reales,
Piensas ya que mucho vales.
Te engañas; y, á un leve amago
De la razón, ver te hago
Que el grande, en tales apuestas,
No eres tú, que me los prestas,
Sino yo, que te los pago.

III.

De Jove el bulto, que hierro
Formó de artífice ufano,
Tocó antes de ayer la mano
De Alcon, médico por yerro.
Hoy ya en hombros como á entierro
Le llevan, ¡ caso fatal!
Que no evitó tanto mal,
Ser (que es todo lo posible),
Ni como piedra, insensible,
Ni como Dios, inmortal.

IV.

Muchacho que con fatal
Susto, que parece enredo,
Solicitado del miedo,
Quiebras copas de cristal;
Te advierto que en caso tal
Obres ménos aturdido;
Porque yo siempre he entendido,
Si es más de lo conveniente,
Que tropiezan igualmente
El cuidado y el descuido.

LA PIEDAD FILIAL.

Desde el funesto incendio de la patria,
Por medio del ejército triunfante,
Sobre sus hombros á su padre Anquises
Sacando Enéas, de piedad imagen,
La dolorosa pérdida temiendo

Del dulce peso, con afecto amante,
Entre el recelo y el valor confuso,
Decía así, mirando á todas partes:
Dejadme ir libre, griegos vencedores;
Pues ha de ser la gloria de este lance,
En vos ninguna, arrebatar á un viejo;
Y en mí infinita, libertar á un padre.

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Madrid, el 4 de Julio de 1676. Siguió en los primeros años de su juventud la carrera de las armas, y fué teniente capitán de caballos-corazas. Retirado de la milicia sin haber salido todavía de la mocedad, desempeñó durante casi toda la primera mitad del siglo XVIII, esto es, desde principios del siglo hasta 1747, el cargo de fiscal de comedias. El Duque de Osuna, su constante protector, le otorgó un empleo en las oficinas de su casa. Fué casado, y dejó un hijo y una hija. Murió en Madrid, en la calle de las Veneras, esquina á la plazuela de Santo Domingo, el 4 de Setiembre de 1750. A pesar de que se acercan á ochenta las obras dramáticas que pertenecen positivamente á este fecundo ingenio, sólo veinticuatro de ellas se han publicado en coleccion, en dos tomos en 4.º — No conocemos esta coleccion, ni logró encontrarla el diligente señor de La Barrera (*Catálogo del Teatro antiguo español*, página 69). Pero la hubo de tener en las manos el fidedigno Alvarez y Baena, pues no sólo la menciona, sino que afirma que, entre las comedias de la coleccion, «se halla una zarzuela titulada *Milagro es hallar verdad*, que puso en música don Francisco Coradigni, y se ejecutó en el coliseo del Príncipe, año de 1832.» (*Hijos de Madrid*, tomo III, página 70.)

Son muy escasas las poesías líricas que se conocen de CAÑIZARES, y poco dignas de su gloria dramática. Sólo como curiosidad literaria, y tambien como muestra del estilo enfático del tiempo, publicamos ahora algunos versos de aquel insigne escritor.

Hay poesías suyas de escasa importancia en varios libros de su época. Escribió las siguientes relaciones de exequias celebradas, en Madrid, en honor de varios príncipes de la familia real de Francia:

España llorosa sobre la funesta pira, el augusto mausoleo y regio túmulo que á las sacras, ilustres, generosas cenizas de su serenísimo padre Luis de Borbon, Delfín de Francia, hijo del invictísimo Marte frances Luis XIV, el Grande, mandó construir, erigir y edificar nuestro generoso, invencible y amado monarca de dos mundos, emperador de la América, y dignísimo hijo suyo, don Felipe V de este nombre, que Dios prospere..... en el religioso y real convento de la Encarnacion de esta córte, en 26 de Setiembre de 1711. Escrito de orden de su excelencia (el Duque de Frias), por el capitán teniente de caballos-corazas, DON JOSÉ DE CAÑIZARES. — En Madrid, año de 1711, en 4.º

Pompa funeral y reales exequias, en la muerte de los muy altos, muy poderosos y muy excelentes príncipes, Delfines de Francia, los serenísimos señores don Luis de Borbon y doña María Adelaida de Saboya, á cuya memoria inmortal los consagra su augustísimo hermano y señor nuestro don Felipe V. — Celebróse en el convento de San Jerónimo de esta córte, á 19 de Agosto de 1712. — Sin lugar ni año de impresion, en 4.º

C.

(1) Esta composicion y la siguiente están sacadas de un certámen poético, celebrado por la universidad de Zaragoza, con motivo de un decreto del papa Inocencio XIII, en honor de la santa imagen de Nuestra Señora del Pilar. Publicóse el certámen con este ampuloso y extravagante título: *Atento fervoroso, respiracion festiva, voz sonora, en que la universidad de Zaragoza, etc.* Fué uno de los jueces el célebre doctor don Blas Nasarre. (*Nota del Colector.*)

POESÍAS.

ROMANCE (1).

Si de la gloria más alta
Es origen el estudio,
El más noble se dedique
A la más digna admiracion del mundo.
Sea cátedra en que aprendan
Constancia, fervor y culto,
La que de ese Pilar forma
A la enseñanza silla, y solio al triunfo.
Pues sin María, ¿qué ciencia
Lograr la victoria supo,
Cuando la sabiduría
Al aula de su seno se redujo?
Del sacro Pilar dimane
Raudal de letras tan sumo,
Hiriendo Moisés su celo
Piedra que brota en él mares fecundos.
Si viva en su augusta imagen
Su semejanza nos trujo,
Vivos nos concede en ella
De su piedad el norte y el recurso.
Universidad, eternas
Tus duraciones presumo,
Si al sacro Pilar fiada,
Dura el héroe los siglos del alumno.
Cuanto puedas, cuanto quieras
Que has de lograr conjeturo,
Si es tu estudio aquel objeto
En que obró el cielo cuanto quiso y pudo.
Para ser patrona tuya
Cortó diáfanos rumbos,
Y en los piélagos del aire
Vino imprimiendo un sol en cada sulco.
Estudia en ella, que es libro
Que omnipotente compuso
El Padre, y con solo un Verbo
Explicó de su amor todo el asunto.
Estudia, y de su columna
Sobre el capitel seguro,
Arca más feliz contrasta
De opuestas ignorancias el diluvio.
Darte esfuerzo la batalla
A que te apresures mucho
Para lograr la victoria,
No fué persecucion si no es influjo.
Al combate se le debe
El trofeo, pues ya juzgo
Merecer á tu clemencia
Perdonado el error por el impulso.
En tu capilla tus gozos
Aun no cumplen su instituto;
Que fervores tan inmensos
No se ciñen á instantes tan caducos.
Aun más allá de los tiempos
Lugar se hará un celo puro,
Que anhelando á durar siempre,
Sentir no ser eterno es más tributo.
Oh Augusta de las ciudades
César y del orbe junto,
Goza tú en él, Zaragoza,
Un cielo que le anuncia el nombre tuyo!
Y tú, general glorioso,
Sabio literal concurso,

Atiende á mi afecto y suple
Mi tosca lira y mis acentos rudos (2).

EN EL MISMO CERTÁMEN.

QUINTILLAS.

Que algun consuelo os prometa
Manda la Academia al vuelo;
Mas lo imposible me aprieta,
Pues se sabe que un poeta
Jamás tiene ni un consuelo.
Ver á un poeta medrar
Con el premio y el favor,
Si se pudiese lograr,
Fuera el milagro mayor
De la Virgen del Pilar.
Pues libros, hermosas piezas
En poetas dislocados,
Si de gordas sutilezas,
Ya son libros sus cabezas,
Pero están descuadernados.
Quien por el premio se muere,
Y de la Virgen le espera,
En el no dársele infiere
Que Su Majestad pudiera,
Mas Su Majestad no quiere.
El poeta que es venal
Y de los premios no goza,
Cura á su codicia el mal;
Que para eso hay hospital
De ingenios en Zaragoza.
El metal es cosa fiera
Y á todo poeta mata;
Que á no ser así, cualquiera
Su medallica tuviera;
Pero ta, que son de plata (3).
No sé si el certámen, pues
(Pero cogerá el carro),
Me alargará en premios tres,
El *Quevedo*, de Bizarro,
O el *Lunario*, de Cortés (4).
Afuera imaginaciones,
Musa, no en eso repares,
Que á mis infaustos borrones
Darán veinticuatro nones,
Y logro *Los Doce Pares* (5).
Mas ya las leyes rompí
Del certámen, los vocablos
Mezclando agudos aquí;
Ya premio y juicio perdí;
Anda con todos los diablos.
Pero de nuevo he de entrar
Al premio de oxe y de moxe,
Póngame de par en par
La Universidad de poste,
Que muero por el Pilar.
Como ensalce yo á María,
Y á ingenios de malas trazas
Consuele esta poesía,
Siendo de confitería,
Más que me den calabazas.

(2) No obtuvo premio CAÑIZARES. — Los premiados en este asunto del certámen fueron don Bernabé de Palafox y Marta, marqués de Lazan, nieto del Conde de Rebolledo; don Agustín Gabriel de Montiano y Luyando. (*Nota del Colector.*)

(3) Eran medallas los premios del certámen. (*Id.*)

(4) Tambien fueron premios las *Obras de Quevedo*, con estampas, impresion de Flándes, y el *Lunario*, de Cortés. (*Id.*)

(5) La *Historia de los Doce Pares* era premio. (*Id.*)

QUINTILLA.

Es mi nuevo fundamento
El Pilar, con circunstancia
Del rezo en el documento,
Que da gloria al argumento,
Por lo eficaz de la instancia.

GLOSA.

Ilustre arcópagó, el día
Que á tus piés te dedicaste,
A tu elevacion fundaste
Antigua basa en María;
Pero como docta y pia
Tu devocion va en aumento,
Crecen virtud y talento
Y pregona tu fortuna;
La piedra de esta coluna
Es mi nuevo fundamento.
Sólo un heroico triunfante
Requisito le faltaba
Al Pilar, que se fundaba
Sobre una opinion constante;
Ya están por tu celo amante
Con premio tu vigilancia,
Nuestra fe con más constancia;
Y, si es del rezo el indulto
Circunstancia de su culto,
El Pilar, con circunstancia.
Catedrático dichoso,

Doctor ilustre, es agravio
No aclamar dos veces sabio,
Al que es sabio y fervoroso;
Tu espíritu religioso
¡Oh Aragón! nos presta aliento;
Tu aviso afine el portento
Que á España da gloria tanta,
Con que la victoria canta
Del rezo en el documento.
La nube que el sol ardiente
Finge medrosos desmayos,
Al disiparla sus rayos,
Crédito le da luciente.
Así al Pilar eminente
Ilustra débil intento
De eclipsar su lucimiento,
Viendo el que á la luz acuda
Trocada en prueba la duda,
Que da gloria al argumento.
Pero si tanto camino
En el aire que acrisola,
Por su nación española
Rompiendo esta imágen vino;
Si María la previno,
A pesar de la distancia,
Sólo para su ganancia,
No hay que dudar su asistencia,
Comprobando la influencia
Por lo eficaz de la instancia (1).

(1) No fueron premiados tampoco estos versos. (Nota del Colector.)

FRAY JUAN DE LA CONCEPCION (2).

AL REY DON FERNANDO EL SEXTO.

OCTAVAS (3).

Si nunca de Helicon en la corriente
Bañé mis labios, nunca del Parnaso
La siempre excelsa bi-partida frente
Tregar osé con diligente paso;
Si la sagrada inspiracion ardiente
Jamás solicité por ningun caso,
¡Qué súbito furor, qué nueva llama
El pecho anima, el corazón inflama?
¡Qué no esperado impulso misterioso
Hace que el labio duros grillos rompa,
Y que aplicado al cóncavo estruendoso
De bien cavada, retorcida trompa,
Al ámbito del aire vagoroso
Dé inspiraciones con sonora pompa,
Para que llegue el eco resonante
Al más opuesto clima, al más distante?
Pero ya mi discurso, recobrado
De aquel furente rapto del sentido,
La fatídica niebla ha disipado,
Y penetrar intenta lo escondido
De un afecto tan grande y elevado,
Y cual suele torrente reprimido
Romper su estrecha margental, deshecho,
Por el cauce del labio, brota el pecho.
Sin duda que el magnánimo, el prudente,
El constante, el afable, el religioso

(2) Véase lo que decimos de este famoso carmelita en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII.*

(3) Publicamos esta poesía, llena de los resabios de la decadencia, para que se vea que FRAY JUAN DE LA CONCEPCION, á pesar de su depravado gusto, tenía á veces entonación de poeta.

Príncipe ilustre, joven excelente,
Rama feliz de tronco tan dichoso,
De un trágico fatal breve accidente
Desterrado el asombro pavoroso
Que la faz eclipsó de toda España,
De brillante esplendor su esfera baña.
Fernando, en fin, el Sexto, á quien la fama,
Por timbre más excelso y clebado,
El ídolo de España le proclama,
Al trono real se mira destinado.
Ya le busca la gloria, ya le llama
Un vasto reino, espacio limitado,
Al que, en más dulce grato cautiverio,
En cada pecho logra un nuevo imperio.
Francia y España en emulada gloria,
Cada cual, no sin causa, pretendía
De Luises y Fernandos en la historia
Arrogarse el laurel que merecía;
La fama, de los cuatro á la memoria,
La política ensalza y la fe pia;
España venció en fin, pues en Fernando
De todos el trasunto está adorando.
El rugiente leon cuyo bramido
De la alta esfera el ámbito horroriza,
El sueño de sus miembros sacudido,
La garra extiende, la melena eriza;
A un lado y otro mira enfurecido,
Corona es la guedeja, que se riza,
Y al ver su bruta majestad severa,
Se estremece áun la más valiente fiera.
Todo es placer la tierra, todo el viento
Inspira blando salvas lisonjeras,
Enfrena el mar el impetu violento,
Cesa el graznido de aves agoreras;
La palpitante calma del contento
Ocupa áun á las almas más severas,

Y de modo se altera y se complace
El mundo, que parece que renace.
Aun el pequeño Manzanáres quiere,
De juncos y espadañas coronado,
Manifestar la dicha que hoy adquiere,
Pues habrá de ocupar su verde prado
Lusitana sirena, que prefiere
Al terno de las gracias de contado,
A quien el Istro y Tajo, por fortuna,
De nácar y coral labraron cuna.
Bárbara (1), digo, en cuyas alabanzas,
De la más veloz pluma es torpe el vuelo,
Aquella que un tesoro de esperanzas
Promete al mundo y retribuye al cielo.
Y en iguales equívocas balanzas,
Piedad y gentileza, ciencia y celo,
Sabe unir con esmero tan realzado,
Que en lo adquirido sobra lo heredado.
Feliz España, pues así asegura
La dicha, que hasta aquí la hizo triunfante,
Siendo á la duracion de su ventura
Paréntesis fatal un solo instante.
El curso de tus glorias apresura
La perezosa edad, para que amante,
En éxtasis fantástico, mi idea
Adivine lo mismo que desea.
Mas ya, de asombro y de respeto lleno,
Me parece que el caos tenebroso
De los hados rasgó su oscuro seno,
Y que un joven advierto, portentoso,
Que á bárbaras regiones pone freno,
Que de justicia y paz vive anheloso,

(1) La reina doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI.

Y que dar logrará, Jove segundo,
Freno al mar, ley al sol, envidia al mundo.
Y pues que tanta gloria habrá logrado,
En las delicias de un feliz reposo,
Hará que el labrador riya su arado,
Que halle premio á su afán el estudioso;
Colocando en el más sublime grado
Justicia y religion, porque dichoso,
Cerrando el templo del bifronte Jano,
Vuelva el siglo de Augusto y de Trajano.
Pero ¡adónde mi loca fantasía,
De un exceso de amor arrebatada,
Sin valladar intrépida corria,
La rienda del discurso desatada?
A la estrecha prision que la oprimia
Se vuelva ciegameamente enajenada,
Pues es para emprender tan arduo intento,
Sacrilega áun la voz del rendimiento.
Aquí es bien que, doblada la rodilla,
Lleno de asombro y miedo reverente,
Ante el monarca á quien rendido humilla
Uno y otro hemisferio la alta frente,
Busques, oh corazón, una sencilla
Disculpa en que tal vez grato y clemente,
Si á la memoria tu atencion reduces,
Ilumine tus sombras con sus luces.
Perdonad, gran señor, si inadvertido,
De mi lealtad y mi pasión llevado,
Al simulacro que adoré rendido
Con mi torpe expresion he profanado;
Y si es que tanto honor he merecido,
Sólo á tus piés, mi amor pide, postrado,
Que dando de deidad en todo indicio,
Mires la voluntad, no el sacrificio.

DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Valladolid, el 1.º de Marzo de 1697. Quedó huérfano en la niñez, y fué cariñosa y esmeradamente educado por su tío don Agustín Francisco de Luyando, regente de la audiencia de Mallorca, y más adelante fiscal del Consejo. Cultivó la poesía desde edad muy temprana, y en aquella era, infeliz para las letras, le granjeó alguna fama su poema en octavas *El robo de Dina*. A poco más de veinte años compuso un melodrama, titulado *La lira de Orfeo*, que fué cantado con aplauso en Palma de Mallorca, el año de 1719. Ocho años despues vino á Madrid, ya con cierta fama de aventajado cultivador de las letras. Su honradez y laboriosidad llamaron la atencion del ministro don José Patiño. Más adelante le confió éste en Sevilla, donde se hallaba á la sazón la corte, una comision delicada de carácter internacional, y el buen desempeño de don AGUSTIN GABRIEL le abrió las puertas de los honores y de los empleos del Estado. Llegó á ser Oficial mayor de la Secretaría de Estado, del Consejo de su majestad, su secretario en la cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, individuo de número de la Academia Española, consiliario en la Academia de San Fernando, y director perpétuo de la Academia de la Historia, de la cual fué el verdadero creador. También contribuyó muy eficazmente á la fundacion de las academias de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla. Su nombre pasó con gloria á las naciones extranjeras. La Academia Imperial de Ciencias de San Petesburgo le envió espontáneamente (en 1759) el diploma de académico, y también le nombró individuo suyo la entonces famosa Academia poética de los Arcades de Roma, dándole el nombre de *Leghinto Dulichio*. Fué asimismo individuo de una academia que, algunos años ántes de su fallecimiento, fundaron los portugueses en Bahía de Todos-Santos.

En las academias Española (1) y de la Historia trabajó con incansable celo, y contribuyó, cual

(1) Fué admitido en la Academia Española el 6 de Marzo de 1736. Corrigió con suma diligencia el tomo VI del *Diccionario de autoridades de la lengua castellana*, desde el principio del tomo hasta el fin de la página 60.